

UNA ALIANZA NECESARIA

JUAN CARLOS MORENO PIÑERO*

Los ciclos históricos no nacen, de suyo, en un día concreto y a una hora determinada, y por ello hemos de reconocer que la actual situación de proximidad y de cooperación existente entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe surgió, aproximadamente, a mediados de los años 80 del siglo XX, a raíz del ingreso de España y Portugal en la CEE. Hasta entonces, hablando en términos muy generales, la distancia entre ambas regiones era muy superior a la del océano que las distanciaba. A partir de mediados de aquella década, Europa empezó a girar su cuello para mirar de frente a esa tierra que en algún momento se ha denominado como el “Extremo Occidente”. El ingreso de España y Portugal en el proyecto europeo supuso un afianzamiento en sus respectivos procesos de transición desde las dictaduras que ambos países habían sufrido a unos modernos Estados democráticos y de Derecho. En aquellos mismos años América Latina vivió ilusionadamente cómo varios países transitaban desde dictaduras militares a repúblicas, a cuyas más altas magistraturas accedían presidentes elegidos democráticamente. En la efervescencia de aquellos años destacó la labor llevada a cabo por una estirpe de políticos que supieron interpretar las relaciones multilaterales en otra clave, relaciones exteriores basadas muchas veces en sintonías personales. Así, debe recordarse las muchas horas dedicadas a estrechar vínculos por estadistas como Felipe González, Raúl Alfonsín, Carlos Andrés Pérez, Óscar Arias, Belisario Betancur, Alan García, Julio María Sanguinetti o Fidel Castro. Institucionalmente, España jugó un papel primordial en la reunión del Consejo Europeo celebrado en La Haya los días 26 y 27 de junio de 1986 —la primera desde su incorporación— en la que se plasmó que la CEE replantearía sus relaciones con América Latina a raíz del ingreso de España y Portugal, comprometiéndose a reforzar las relaciones políticas, económicas y técnicas, senda iniciada con ese motivo y que continuó con las reuniones del Consejo Europeo celebradas en Bruselas (22 de junio de 1987), Hannover (27 y 28 de junio de 1988), Rodas (2 y 3 de diciembre de 1988), Madrid (26 y 27 de junio de 1989) y Estrasburgo (8 y 9 de diciembre de 1989). Ahora, en un complejo escenario internacional como el presente, España está llamada de nuevo a liderar —o a liderar conjuntamente con Portugal— las relaciones de la Unión Europea con América Latina y el Caribe.

Hablar hoy de estas dos regiones del mundo supone hablar de un conjunto de Estados que representan más de una cuarta parte del PIB mundial, la tercera

*Director de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste

parte de los miembros de la ONU y casi la mitad de los miembros del G-20, 60 países —27 de la UE y 33 de América Latina y el Caribe— que cuando actúan conjuntamente contribuyen a conseguir logros como la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, la Agenda de Acción de Addis Abeba y el Acuerdo de París. Es todo eso pero es además bastante más que eso: es, sobre todo, hablar de una comunidad de personas que están unidas entre sí por vínculos de sangre mezclada durante cientos de años, forja de un patrimonio inmaterial basado en la cultura compartida en el que la lengua actúa de elemento vehicular. Sin lugar a dudas, la cultura nos une y nos ayuda a tener una identidad común, pero es necesario también iniciar un desarrollo socioeconómico compartido basado en gran medida en la complementariedad de las economías de ambas regiones, en la abundancia de los recursos naturales que atesora América Latina —y de los que en gran parte carece la Unión Europea—, en el flujo de migraciones de la primera a la segunda —al que debe ser receptiva— y de las inversiones de la segunda a la primera, así como en la cooperación social, educativa, académica y científica que sienta las bases de un futuro de cooperación renovado de igual a igual.

La complicada situación que vive América Latina y el Caribe es posiblemente una de las causas del amplio malestar y de las protestas sociales que atraviesan la región y de un acentuado descontento con el sistema democrático, agitada situación que tampoco es nueva. El panorama de la Unión Europea es diferente pero no por ello idílico. Es cierto que los vaivenes democráticos no existen, salvo conatos aislados, que en general goza de instituciones sólidas y solventes y que el estado del bienestar está superando aparentemente bien el test de estrés al que le ha sometido la pandemia, pero no podemos olvidar que a las puertas de la Unión Europea se libra una batalla que ha superado las líneas rojas establecidas por los convenios de Ginebra para entrar directamente en la execrable lista de los crímenes contra la Humanidad, que varios países sienten el expansionismo ruso como una constante amenaza y que los veintisiete socios sufren el drama de los parados, un 7,5%, habiéndose incrementado dramáticamente el paro femenino y el de menores de 25 años hasta alcanzar un 16,5%. Tampoco podemos olvidar el drama de los refugiados y emigrantes al que se suman las otras dos grandes crisis de los últimos años, la económica y la sanitaria. Y en ciernes se aproximan irrefrenables consecuencias derivadas de la guerra en Ucrania como son una crisis alimentaria y una dependencia energética que nos atemorizan con los espectros siniestros del hambre y del frío.

En este desequilibrio desorientado se echa en falta quien lidere una nueva forma de entender las relaciones internacionales basada en la paz, la cooperación y la solidaridad. Parece claro que en este liderazgo ni está ni se espera a los EEUU de Biden ni por supuesto a la Rusia de Putin ni tampoco al Partido Comunista chino. La Unión Europea, por su parte, es un conglomerado de Estados que aisladamente resultan irrelevantes en el concierto internacional y que

unidos carecen de la fuerza, el prestigio o la tecnología necesarios para ser líderes en el contexto internacional a pesar de que están permaneciendo unidos y convencidos ante el envite ruso. ¿No puede ser una política renovada entre América Latina, el Caribe y la Unión Europea la alternativa que necesitamos en el mundo de hoy? Esta política renovada, esta cooperación multilateral, debe llevarnos como punto de partida a mirarnos de igual a igual a través del Atlántico sin centros neurálgicos y sin periferias, a fomentar la solidaridad, a estrechar los lazos políticos, a no caer en los vicios de la vieja economía sino a invertir en una nueva economía verde y azul —¡qué gran potencial de ambas atesoramos conjuntamente!— y a pasar de ser hermanos a ser aliados leales sin por ello renegar de lo primero. Los ciclos históricos no nacen, de suyo, en un día concreto y a una hora determinada pero en algún momento tienen que nacer.